

## Capítulo 1

# Psicópatas, asesinos en serie y la técnica del perfil criminológico

### **Psicópatas y asesinos en serie**

La psicopatía representa un cuadro clínico clasificado como un trastorno de personalidad, que incluye un conjunto de rasgos de naturaleza interpersonal, afectiva, conductual (estilo de vida) y antisocial. En el ámbito interpersonal, los psicópatas se caracterizan por poseer encanto superficial, narcisismo o grandioso sentido de la autoestima, mentir de manera patológica y emplear con maestría la manipulación y el engaño. Por lo que respecta a la faceta afectiva, destaca la falta de sentimientos de culpa, la ausencia de empatía y las emociones superficiales, junto con la incapacidad de responsabilizarse de los actos cometidos. En la faceta de la conducta o del estilo de vida predomina la irresponsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones, la búsqueda de excitación, la impulsividad, la falta de metas realistas y un ánimo de vivir a costa de los demás (vida parásita). Finalmente, en la faceta antisocial, los psicópatas muestran una notable falta de autocontrol, problemas precoces de conducta, delincuencia juvenil, una amplia versatilidad delictiva y el quebrantamiento frecuente de las condiciones de la libertad vigilada o condicional.

Los psicópatas que presentan un historial criminal ya desde jóvenes son los más activos, los que cometen delitos más graves, los más versátiles. De entre los delincuentes conocidos por la policía y la justicia, éstos son los que tienen mayor riesgo de reincidencia, los que peor funcionan en los programas de tratamiento. Muchas ve-

ces su comportamiento desafiante aparece incluso mientras cumplen pena de prisión, al generar numerosos conflictos con los otros presos y con los funcionarios. Estos psicópatas identificados como tales son muy impulsivos, abusan generalmente del alcohol y de las drogas, y prolongan su carrera delictiva más allá de los cuarenta años. Dejan de delinquir al ser demasiado viejos para el crimen, o cuando las drogas les dejan hechos polvo, o bien, si tienen suerte, porque algún familiar o institución les permiten algún retiro donde la violencia ya no les aporta gran cosa. Anglés, el asesino desaparecido de las niñas de Alcácer, es un buen ejemplo, así como Pedro Jiménez, que mató a dos jóvenes policías en prácticas aprovechando un permiso del que disfrutaba cuando ya estaba terminando su condena.

Los psicópatas «integrados» son otra cosa. Estos individuos tienen un mejor control de los impulsos, planifican más, y cuando al fin deciden delinquir tienen muy claro que merece la pena correr los riesgos con tal de lograr sus propósitos. Puede ser dinero, propiedades, librarse de alguien incómodo, vengarse de un agravio... Nadie se espera esa violencia porque no tienen antecedentes penales (o al menos éstos no son por delitos graves), trabajan y muchas veces tienen una familia. Sin embargo, el núcleo de la personalidad de ambos es el mismo: falta de empatía, emociones superficiales, profundo egocentrismo, acentuado narcisismo... Las diferencias radican en que el psicópata criminal (no integrado) ha ejercido el delito desde joven, probablemente porque sus ansias hedonistas, su deseo de gratificación inmediata y su impulsividad y deseo de vivir situaciones límites le llevaron muy pronto a quebrantar las leyes y a explotar a los demás. Los psicópatas integrados manipulan mejor, tienen menos necesidad de vivir al filo de la navaja y han tenido el suficiente autocontrol como para llegar a adultos respetando las leyes.

Muchos psicópatas integrados —la mayoría— no son delinquentes, por más que su compañía sea fuente de dolor para quienes les rodean. Pero algunos, por razones que aún no se conocen, explotan con un gran acto de violencia en edad ya bien adulta, por una razón claramente precisa en sus mentes, generalmente buscando algo: dinero, sexo, mayor autonomía y poder... Si esa explosión violenta exige la muerte sucesiva de varias personas estamos frente

a un asesino en serie, como es el caso del celador de Olot o de Remedios Sánchez, por citar los dos últimos casos de asesinos en serie aparecidos en España y, por cierto, ambos en Cataluña. En contra de lo que la gente cree, no tienen por qué ser particularmente inteligentes: basta con que sean discretos y adopten unas mínimas precauciones; en el fondo cuentan con la ventaja de que la gente normal no espera que nadie mate ancianas en un geriátrico o en sus casas aprovechando que se les invita a tomar café.

En resumen, los estudios sobre psicopatía describen a una persona que es egocéntrica y motivada por obtener sólo sus propios intereses, utilizando a la gente como un medio para conseguir sus fines, sin remordimiento alguno por actuar así ya que carece de empatía. Este tipo de trastorno de personalidad tiene una entidad propia, y a través de las culturas y del tiempo se han realizado investigaciones que revelan su presencia en la humanidad desde tiempos inmemoriales.

De lo dicho hasta ahora se entiende que la psicopatía es una condición estrechamente unida con la violencia, y en particular con los crímenes violentos. Ahora bien, ¿qué tipo de violencia es la más susceptible de ser empleada por los psicópatas? Una distinción tradicional en criminología relacionada con la violencia es la que separa la violencia reactiva de la violencia proactiva o instrumental. La violencia instrumental se refiere a la que se emplea como medio para conseguir otra meta, como venganza, dinero o control de la víctima para abusar de ella (por ejemplo, en términos sexuales). En cambio, la violencia reactiva se ejerce como respuesta a una amenaza percibida o una provocación (en inglés se denomina *hot violence*, mientras que la violencia proactiva se designa como *cool violence*). Se ha señalado que esta distinción —aunque cuenta con detractores, habida cuenta que los sujetos pueden incurrir en una u otra de acuerdo con la situación— puede ser de utilidad en diferentes sectores de la criminología aplicada como el perfil criminológico, el tratamiento de delincuentes violentos y la predicción del riesgo de reincidencia.

La investigación actual señala que, si bien los psicópatas incurrir en ambos tipos de violencia, sus rasgos de personalidad y de comportamiento los orientan especialmente hacia la violencia proactiva o instrumental, es decir, hacia una agresión premeditada o

«fría», dado que el deseo de explotar a los otros, emparejado con la falta de empatía por lo que les puede ocurrir, les permitiría planear con antelación esquemas de engaño y de manipulación con los que conseguir sus deshonestos propósitos.

Y ¿quiénes son los criminales con mayor capacidad de actuar de forma depredadora o premeditada, sin que importen el dolor y el sufrimiento de la víctima? El asesino en serie es el candidato ideal: la persona que mata a dos o más en diferentes momentos temporales, en una discontinuidad anímica que hace que los hechos sean independientes, es decir, que del crimen primero se derive un tiempo de vida normal o integrada que se romperá cada vez que vuelva a matar. Veamos un ejemplo reciente de asesino en serie.

#### ANATOLI ONOPRIENKO

Los alias de Anatoli Onoprienko (fig. 1) eran Terminator y El diablo de Ucrania. «Sé que es cruel, pero soy un robot con impulsos para matar. No siento nada», declaró. Mató a la mayoría de sus víctimas en los tres meses anteriores a su arresto, hecho que aconteció en abril de 1996. Viajó principalmente en tren durante tres años y escogió sus víctimas al azar.

Un hecho relevante en su modus operandi fue la variedad de armas elegidas, lo que no es habitual en los asesinos en serie. Empleó armas de fuego, cuchillos, hachas y martillos. Había un patrón: elegía casas en las afueras de las poblaciones y entraba en ellas disparando a todos, incluyendo a los niños. Luego las incendiaba y mataba a cualquiera que se interpusiera.

Aseguró que podía recordar cada asesinato: «Un soldado que mata durante una guerra no ve a quien dispara. Alguien que mata sólo a unos pocos no tiene ningún control, no puede analizar sus acciones. Yo sí puedo hacerlo, porque he matado a muchos; yo recuerdo perfectamente».

Así pues, analizaba cada crimen de modo científico. Nunca se consideró un asesino ordinario, sino que se sentía como alguien especial: «Soy alguien único, hago cosas que nadie más hace. Todos esos crímenes fueron hechos únicos». Este narcisismo es característico de los psicópatas criminales: se consideran legitimados para

tomar la vida y las propiedades de quienes se les antoje. Su yo es grandioso, omnipotente, y por ello buscan ejercer ese control mortífero que alimenta ese estado psicológico de dominio sobre los demás.

¿Qué le motivaba? No era el sexo. En su época de marino, desde los diecisiete años, fantaseaba con su destino. «He sido elegido para cumplir una misión [...]. Hice lo que tenía que hacer: matar gente. No debo ninguna otra explicación a mis víctimas, a sus familias o a la policía.» Y también: «Quería demostrar que la gente es débil, y lo he demostrado».

En este asesino vemos la conciencia plena de lo que se es (esto mismo es bien visible en el caso de BTK, que veremos más adelante, aunque este último aceptó su perversión sin poner excusas): «Soy un hombre, pero mi naturaleza es la de un animal. Soy como un animal que contempla a su presa».

En las entrevistas que mantuvo con los forenses queda en evidencia que él ha buscado un modo de dar sentido a su actividad criminal. No se trata de que le muevan delirios, sino de justificar ante sí mismo que su vida es excepcional, porque sus actos también lo son: «No soy un maníaco. Si lo fuera, me arrojaría ahora mismo sobre usted y lo mataría de inmediato. No, no es tan sencillo. Una fuerza telepática, cósmica, me impulsa. Soy como un conejo en un laboratorio. Soy parte de un experimento para probar que el hombre es capaz de asesinar y aprender a vivir con esos crímenes a sus espaldas. Para demostrar que puedo afrontar lo que sea, y para demostrar que puedo olvidarlo todo». Del mismo modo, cuando más adelante declara que es un «robot», también está representando ante el mundo. Es una forma de decir: «algo me impulsa a hacer cosas horribles». «Un animal» y un «robot», en todo caso, no son sino expresiones para decir que uno no es humano, y en verdad que en sujetos como él se trata de algo que bien puede ponerse en duda.

La conveniencia de sus justificaciones queda al descubierto por sus declaraciones en las que afirma que quería demostrar lo poderoso que era. Por ello, lo mejor es dejarse llevar por el impulso homicida, algo muy habitual en estos asesinos: «Estaba sentado, sin nada que hacer, y entonces, súbitamente, esa idea entraba en mi cabeza... Así que me subía a un coche o a un tren y salía a matar». Esto mismo decía, por ejemplo, el asesino de la baraja, que actuó en

Madrid a principios del primer decenio de este siglo: «Estaba viendo la televisión, aburrido, y me levantaba con la idea de ir a matar a alguien».

En el juicio señaló que no debería ser juzgado antes de que pudieran comprender qué tipo de fuerza le hacía actuar como un robot. Le gritó al juez, Dmytro Lypsky: «Usted no puede comprender todo el bien que puedo hacer, y nunca será capaz de entenderme [...]. Hay una gran fuerza que controla también esta sala de justicia [...], nunca entenderá esto. Quizá algún día sus nietos podrán entenderlo». Los forenses no vieron patología alguna cuando lo examinaron, más allá de su psicopatía.

En el tribunal una mujer habló representando la opinión de muchos y pidió que se les dejara a solas con él, ya que tenían miedo de que sólo lo condenaran a quince años, la máxima pena posible, excepción hecha de la pena capital.

---

### Cronología homicida de Anatoli Onoprienko

- **1989.** Empieza a robar en domicilios con su amigo Sergei Rogozin. Una noche les sorprenden. Mata a dos adultos y ocho niños.
- **1989/principios de 1990.** Rompe la relación con Rogozin. Mata con su pistola a otra familia (cinco miembros) que estaba durmiendo en un coche. «Yo era una persona diferente entonces. De haber sabido que había ahí una familia, no lo habría hecho.»
- **24 de diciembre de 1995.** Mata a otra familia (cuatro miembros, dos niños) a disparos. Se lleva unas pocas joyas y ropa. Pega fuego a la casa. «No me dio placer, sólo sentí esa necesidad, esa urgencia [...]. A partir de ese momento fue como si iniciara un juego que viniera del espacio exterior.»
- **3 de enero de 1996.** Mata a otra familia de cuatro miembros, a balazos, y luego quema la casa. Mata también a un testigo.
- **6 de enero de 1996.** Mata a cuatro personas más en tres incidentes diferentes. Decidió parar a los coches en una

autopista y matar a los conductores. «Para mí fue como cazar, cazar personas.»

- **11 de enero de 1996.** Mata a la familia Pilat (seis miembros) a balazos y luego prende fuego a la casa. Mata a dos personas que lo ven salir de la escena del crimen.
  - **30 de enero de 1996.** Mata con su pistola a una enfermera de veintiocho años, a sus dos hijos y a un visitante que estaba en la casa.
  - **19 de febrero de 1996.** Mata a la familia Dubchak, dispara a padre e hijo y destroza a martillazos a la madre y a la hija. La hija, que había visto el asesinato de sus padres, estaba rezando en su habitación. Onoprienko declaró: «Segundos antes de matarla a martillazos, le ordené que me dijera dónde guardaban sus padres el dinero. Ella me miró con una mirada desafiante, y con rabia me dijo: “No, no te lo voy a decir”. Esa fuerza fue algo increíble, pero no sentí nada».
  - **27 de febrero de 1996.** Asesinato de la familia Bodnarchuk. Dispara a los padres y mata a hachazos a los niños, de siete y ocho años. Mata también a una persona que estaba cerca del lugar.
  - **22 de marzo de 1996.** Mata a la familia Novosad (cuatro miembros) a balazos y luego quema la casa.
- 

El proceso no comenzó hasta noviembre de 1998. La ley exige que el acusado lea todas las pruebas existentes contra él... y había 99 volúmenes muy gruesos. Además, las arcas públicas no disponían del dinero suficiente para costear el juicio, algo que se solventó con la ayuda del gobierno estatal mediante un llamamiento hecho en la televisión. Fue condenado a muerte, pero finalmente se le conmutó la pena por la de cadena perpetua.

Más adelante presentamos en detalle diversos asesinos en serie, cada uno de los cuales merece ser analizado en profundidad por diversas razones. Por ello no abundaremos aquí en este tipo de criminal. Igualmente, a lo largo de los siguientes capítulos con frecuencia se presentan diversos ejemplos de delitos cuyos autores bien

pueden merecer tanto el calificativo de psicópatas como de asesinos en serie.

No obstante, quisiera acabar este apartando relatando el caso del primer asesino en serie de Estados Unidos, que abrió un camino en el que el país norteamericano destacó de modo prominente durante la segunda mitad del siglo xx. Se llamaba Henry Holmes, y su depravación y su modus operandi todavía no han encontrado parangón.

## HENRY HOLMES

Cuando Holmes (llamado realmente Hermann Mudgett) llegó a Chicago, en la década de 1880, la ciudad del viento se estaba preparando para la Exposición Universal de 1893, que iba a conmemorar los 400 años del descubrimiento de América. Cerca de veintisiete millones de personas visitaron Chicago en un período de seis meses. Era un destino ideal para los delincuentes, y en efecto durante esos meses el crimen se incrementó de modo importante. Y Holmes tuvo mucho que ver en ello.

Muchas jóvenes, ingenuas y confiadas, se acercaron a Chicago en busca de un alojamiento cerca de la Exposición, y Holmes estaba allí, con su formidable hotel de tres pisos y entre cincuenta y sesenta habitaciones, para recibirlas. Además, se trataba de alguien apuesto, sobre metro ochenta de alto, en sus treinta años, y con un título de doctor en medicina para exhibir.

Holmes realizaría en Estados Unidos el mismo papel que Jack el Destripador en Inglaterra: dar a conocer al gran público el horror del asesino en serie urbano, nacido en la estructura de la moderna sociedad industrial y de negocios que ya se dirigía con paso firme al siglo xx. Sin embargo, mientras que El Destripador representó el papel del demonio callejero que mata a mujeres pobres y prostitutas, la amenaza que surge de entre las sombras, Holmes va a simbolizar al tipo que se esconde detrás de una máscara de absoluta normalidad e incluso excelencia, ya que durante los años en que estuvo matando era considerado como un médico que regentaba una farmacia y una casa de huéspedes. Holmes es el demonio de la casa de al lado, no el de las callejuelas oscuras.



Además, en Holmes se da una combinación que pocas veces encontramos: un maestro del asesinato en serie y un artista de la estafa.

Holmes y Chicago, como símbolo de la nueva época: Chicago y su Exposición Universal era la gran atracción que mostraba al mundo las maravillas de la nueva época, del nuevo siglo inminente. Con la llegada de Holmes a Chicago, esa Exposición Universal tenía también otra gran presentación, pero ésta fuera de programa: la del asesino en serie perfectamente integrado y camuflado, con su bagaje de horrores, entre toda esa nueva maravilla del poder creador del hombre.

---

### **Cronología homicida de Henry Holmes (Hermann Mudgett)**

- **1860.** Nace en el estado de New Hampshire, hijo del director de correos de su ciudad (no está claro si hay historias de violencia temprana, aunque es un buen estudiante).
- **1878.** Se casa con Clara Lovering, y tienen un hijo. Con el dinero de su suegro se matricula en la Facultad de Medicina, y se cambia el nombre de Mudgett por el de Holmes.
- **1879.** Se traslada a la Facultad de Medicina en Ann Arbor, en el estado de Michigan. Empieza su carrera delictiva, pero no con el crimen, sino con la estafa. Se dedica a robar cadáveres del laboratorio y a cobrar seguros mediante su método favorito de estafa a las compañías: los aseguraba y, después de desfigurarlos, los dejaba en lugares en los que parecía que habían sufrido un accidente; luego reconocía el cuerpo y cobraba el seguro. Abandona a su mujer y a su hijo.
- **1880-1884.** En este período no se sabe nada de él.
- **1885.** Todavía casado con Clara, contrae matrimonio con Myrtle Belnap, hija de un rico hombre de negocios. Ella se queda en su ciudad y él se instala en Chicago.
- **1889.** Termina la relación con su segunda mujer.
- **1885.** Empieza a trabajar en la droguería/farmacia de la

Sra. Holden, donde se convierte en su amante y administrador.

- **1887.** La Sra. Holden desaparece sin dejar rastro, y Holmes mantiene que ella le ha vendido el negocio y se ha marchado al extranjero (¿primer asesinato?).
- **1890.** Compra un terreno que está frente a la droguería y empieza a construir una gran casa de tres pisos, a la que años después todo Estados Unidos conocerá como «El castillo de los horrores». Ese año realiza una primera estafa a una compañía de seguros junto con Benjamin Pietzel, un colega que tendrá una gran importancia en su vida.
- **1892.** Se termina el «castillo», de tres plantas: la planta baja se alquila a tiendas y almacenes; la segunda y la tercera se destinan a habitaciones de alquiler, aunque alquilará pocas, ya que los que fueron allá normalmente eran invitados suyos que no iban a sobrevivir. Holmes usó algunas de las habitaciones como cámaras de asfixia, donde sus víctimas eran sofocadas con gas. En el sótano instaló un horno crematorio y una mesa de torturas, así como una gran cuba con ácido para disolver los cuerpos, y cubetas con cemento rápido. Todas sus «habitaciones trampa» disponían de alarmas que sonaban en las habitaciones de Holmes si la víctima intentaba escapar. También tenía una habitación con la «cama del estiramiento». Otras habitaciones tenían toboganes en el suelo por donde deslizar los cuerpos hasta el sótano, así como agujeros para poder mirar en el interior.
- **1892-1896.** Período de funcionamiento del castillo de los horrores, con tres sistemas para conseguir víctimas. Las mujeres son atraídas por anuncios de hospedaje y por anuncios de trabajo; cuando las contrata les exige que guarden discreción acerca de dónde van a trabajar, ya que sus competidores estaban espiándole. También conseguía mujeres anunciándose como soltero en busca de esposa.
- **1893.** Holmes conoce a Minnie Williams, heredera de un hacendado de Texas y que ejerce de maestra en Chicago. Ella viviría más de un año en el castillo, y no está claro si conocía los crímenes perpetrados por Holmes. En ese año Nannie, la hermana de Minnie, va a visitarla. Holmes la

asesina después de seducirla y hacer que le transfiera una propiedad.

- **Enero de 1894.** Holmes y Minnie se dirigen en compañía de una empleada, Georginna (Gorgina) Yoke, a Texas para reclamar ciertas propiedades de Minnie. En el camino, en Denver, Holmes se casa con ella y hace pasar a Minnie como su prima. En Texas comete el error que le costará luego la vida: compra varios tranvías de caballos con cheques falsos y luego los vende, sacando un buen dinero. Poco después de regresar a Chicago, Minnie desaparecerá para siempre.
- **Julio de 1894.** Holmes fue arrestado por vez primera por la estafa de los tranvías de caballos, y antes de que Georginna pagara su fianza conoce a otro preso, un ladrón de trenes llamado Marion Hedgepeth que cumplía veinticinco años de condena. Holmes le habla de una estafa que había diseñado y le pregunta a Marion si conoce a un abogado que pueda participar en dicha estafa. A cambio promete darle 500 dólares.
- **Septiembre de 1894.** Un primer intento de estafar a la compañía de seguros no dio resultado, pero un mes más tarde recurre a su viejo conocido, Ben Pietzel, para intentar una variación de ese mismo plan. Pietzel y su esposa fueron a Filadelfia para abrir una oficina de patentes, mientras que Holmes aseguraba su vida. El plan era que Pietzel bebería una droga que le dejaría inconsciente; entonces él lo maquillaría para desfigurar su rostro. Habría una explosión en la oficina de patentes, y cuando un testigo viera lo acaecido y Holmes le dijera que se fuera a avisar a una ambulancia, entonces Holmes pondría un cadáver en su lugar, y luego el abogado, acompañado de la viuda de Pietzel, iría a la compañía de seguros a reclamar el pago de la póliza. Holmes pagó al abogado, pero no al ladrón de trenes, Marion Hedgepeth. Éste, al no cobrar el dinero prometido, denunció a la policía toda la operación, quien a su vez alertó a la compañía de seguros. Ésta se puso en contacto con la célebre compañía de detectives Pinkerton, que puso al agente Frank P. Geyer tras el caso.

- **Septiembre-octubre de 1894.** Lo cierto es que el cadáver que entregó Holmes era el del propio Benjamin Pietzel, algo que no dijo a su viuda, quien creía que su esposo se había ocultado en Nueva York. Ahora, Holmes, Gorgina y la Sra. Pietzel con sus tres hijos se desplazan por diferentes ciudades. Luego Carrie Pietzel se marcha, dejando a Holmes y Gorgina con sus tres hijos, y quedan con la madre en verse más tarde en Detroit. Más adelante él se marcha solo con los tres niños y lleva una vida errante, sabedor de que le perseguían.
  - **1894.** Holmes es arrestado en Boston y enviado a Filadelfia, donde confesó el fraude, temeroso de que le enviaran a Texas para ser juzgado por la estafa de los tranvías de caballos, algo que le podría llevar a la horca como un ladrón de caballos. La Sra. Pietzel fue arrestada pero luego liberada.
  - **Junio de 1895.** Holmes se confiesa culpable del delito de estafa, pero no dice dónde están los niños. Frank Geyer inicia su búsqueda. Cuando, siguiendo las cartas que le habían enviado a Holmes, va visitando las diferentes ciudades donde se había escondido, llega finalmente a Toronto, donde descubre enterrados en una casa a Nellie y Alice Pietzel, de cuatro y cinco años. Al conocerse el crimen, el público asistió angustiado a la búsqueda del otro hijo (Howard) por parte de Geyer. Finalmente encontró los restos quemados del niño en Indiana, en un suburbio de la ciudad de Irvington, alojados en el hueco de la chimenea.
  - **1895.** Todo está listo para que Geyer y la policía entren en el castillo de Holmes en Chicago, donde van a tener una experiencia más allá del horror. Y al doctor le espera la horca.
- 

## La técnica del perfil criminológico

El principio del intercambio de Locard dice que cualquier persona o cosa que entre en una escena del crimen deja algo en ella, y también se lleva algo cuando sale. Para los perfiladores lo que deja

son sus decisiones, sus actos, un «significado» de lo que ha querido decir con el crimen que tenemos que desentrañar, esto es, huellas de comportamiento o huellas psicológicas. Lo que se lleva son los efectos de lo que ha hecho en su vida, en sus emociones, en su aprendizaje, en sus costumbres, en sus miedos.

Proyectando hacia atrás desde la escena del crimen, la pregunta relevante que tenemos que hacernos es: «¿Qué tipo de persona ha hecho esto?».

Proyectando hacia el futuro a partir de la escena, la pregunta será: «¿Cómo influirá esto que ha hecho en su psicología y en su estilo de vida?».

El perfil criminal o criminológico —*profiling*— es la disciplina de la ciencia forense que se ocupa de analizar las huellas del comportamiento en una escena del crimen con objeto de proveer información útil a la policía para la captura de un delincuente desconocido. En las páginas que siguen veremos cómo la evolución histórica de su desarrollo ha matizado este objetivo, por ejemplo, ampliando el campo tradicional de los perfiladores (los asesinos y agresores sexuales en serie) para abarcar delitos como el secuestro, los robos en hogares o los incendios intencionados, y poniendo reglas y condiciones acerca del proceder del perfilador, evitando en lo posible que se adentre en terrenos especulativos para que se adecue cada vez más a la evidencia científica disponible. Pero en todo caso, y salvo que queramos desnaturalizar la disciplina del *profiling*, siempre será necesario interpretar los rastros o huellas de comportamiento de una serie de crímenes con la pretensión de caracterizar a un delincuente desconocido.

#### ESCENA DEL CRIMEN, MODUS OPERANDI Y FIRMA

La *escena del crimen* se define como el área en la que ha tenido lugar un acto criminal. Ahora bien, un delito puede ocurrir en diferentes lugares, lo que puede dar lugar a diferentes escenas del crimen relacionadas con un mismo delito. El estudio de la escena del crimen constituye el corazón del *profiling*. En el gráfico 1 se observa la escena del crimen en el proceso de elaboración del perfil.

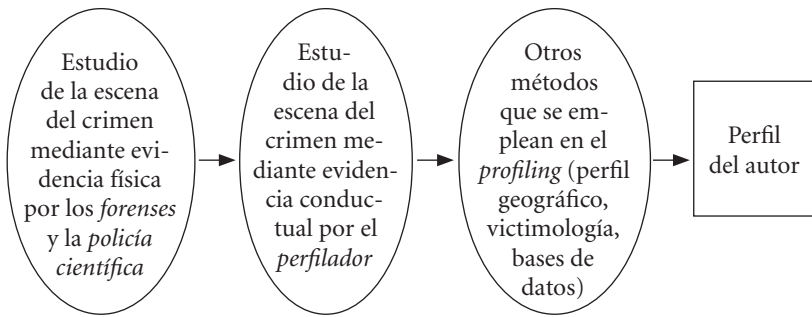


GRÁFICO 1. *La escena del crimen en el proceso del profiling*  
(Fuente: Garrido y Sobral, 2008).

En la escena del crimen hemos de prestar atención al modus operandi y a la firma del delincuente, es decir, a la evidencia conductual. Una definición genérica del modus operandi es señalar que la manera de comportarse de un criminal lo constituyen sus elecciones y conductas por las que pretende consumir un delito. El modus operandi se refiere al «cómo» del delito. Esto es diferente del «por qué» del delito o motivación del delincuente, lo que se conoce como «firma» del delincuente.

En el modus operandi buscamos conductas como método de aproximación a la víctima (por engaño o sorpresa), momento del día elegido para actuar, zonas seleccionadas para abordar y atacar a la víctima, arma utilizada y fuerza necesaria para controlar a la víctima. También cómo accede el sujeto a la escena del crimen y cómo la abandona. Forman parte también del modus operandi las llamadas conductas de precaución, que son los actos que realiza el sujeto para evitar que la víctima se oponga a sus deseos y para que no sea reconocido o capturado por la policía (llevar una máscara, tapar los ojos a la víctima, amenazarla para que no lo denuncie a la policía, etc.).

La firma del delincuente constituye los rituales o conductas que revelan las fantasías del delincuente. Se supone que están sujetas a menor variación que los elementos del modus operandi. Actos como seleccionar una determinada víctima, el diálogo establecido con ella, acciones violentas no necesarias para controlar a la víctima, mutilaciones, formas de dejar un cadáver, actos post mórtem

realizados en éste o llevarse recuerdos o trofeos de la escena del crimen son ejemplos característicos de la firma. Cuando analizamos esa conducta de firma, conjuntamente con el modus operandi, podemos llegar a concluir qué es lo que motivó al delincuente a cometer el crimen: venganza, ira, sadismo, sexo, lucro o mostrar lealtad a alguien (en el caso de cómplices, generalmente mujeres de asesinos). Y como gran categoría emocional central, que puede existir como móvil preferente pero que se encuentra en todos los asesinos en serie (y otros criminales como violadores) está el control, la necesidad de dominar, de ser alguien diferente mucho más poderoso, de querer trascender la vida convencional que se lleva y aspirar a ser algo más que un ser humano sometido a la moral y a las leyes.

En el capítulo siguiente, dedicado al análisis de vinculación, volveremos sobre la cuestión del modus operandi y la firma del delincuente.

## PERFIL GEOGRÁFICO

Para presentar la importancia del perfil geográfico nos serviremos de los autores seguidores del modelo estadístico del *profiling* (o de la *investigative psychology*, véase más adelante), con David Canter a la cabeza. Aunque al tratar de los incendiarios nos ocupamos parcialmente de este punto, aquí es relevante desarrollar una serie de ideas importantes.

En primer lugar está el concepto de «mapa cognitivo». Todos tenemos un mapa en la cabeza en el que figuran los caminos y rutas que seguimos en el transcurso de las actividades rutinarias: ir al trabajo, a casa, a los lugares de ocio. Los delincuentes no son diferentes, y cuando cometen sus crímenes están constreñidos por los lugares que conforman su vida ordinaria. Los agresores sexuales y asesinos en serie, cuyos delitos son claramente premeditados y planificados, muestran una tendencia a actuar dentro de un radio de en torno a los dos kilómetros de su lugar de residencia, que generalmente es su base para cometer los crímenes. Esto sorprende a mucha gente, pero la razón es que no quieren actuar muy lejos de sus casas porque se alejarían en exceso de su base de operaciones,

donde se encuentran seguros; pero tampoco quieren delinquir muy cerca de ella por temor a ser reconocidos por gente que luego pudiera dar información valiosa a la policía. El lugar preferente para cometer los crímenes se denomina *zona de confort*, y la distancia que dejan desde su casa hasta el comienzo de esa área de confort se llama *zona de seguridad* (gráfico 2).

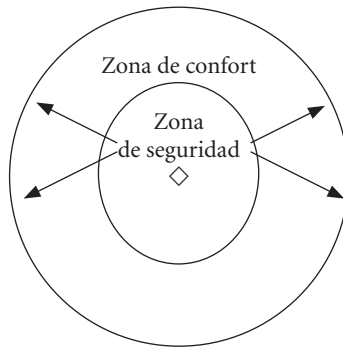


GRÁFICO 2. *Modelo del círculo en el perfil geográfico (◇ = residencia del sujeto).*

Estos ámbitos hemos de entenderlos como segmentos de una circunferencia en cuyo centro se halla la residencia del criminal. Es alguien que sale a cazar y luego vuelve a la madriguera. Canter llamó a este tipo de delincuentes «merodeadores»: buscan cometer sus delitos «merodeando» (acechando) en su zona de confort, actuando en diferentes lugares a lo largo de una circunferencia imaginaria que deja en su interior su zona de seguridad. El coronel Williams mostró ese comportamiento geográfico en la mayoría de sus crímenes, al igual que BTK (véase más adelante).

Ahora bien, determinados criminales prefieren marcharse lejos del lugar en donde viven a cometer sus crímenes. Se trata de los «viajeros»: consideran a otra población como su base de operaciones, se familiarizan con ella, localizan lugares donde sentirse seguros (en su vehículo o en un hotel, o en una calle determinada donde pasan desapercibidos) y empiezan a seleccionar a las víctimas y atacarlas. Un caso excepcional de criminal «viajero» es El Solitario,



un temible ladrón de bancos y asesino de policías que tuvo en jaque a las fuerzas de seguridad españolas durante muchos años. En el siguiente mapa se muestra el reparto geográfico de su actividad criminal hasta que fue capturado.



*Reparto geográfico de la actividad criminal de El Solitario. En negrita, los lugares en los que hubo violencia.*

Obsérvese que sólo actuó en Madrid y sus alrededores al final de su carrera criminal (La Moraleja o Tres Cantos). En su cabeza Madrid era su zona de seguridad, y todas las otras ciudades a donde iba a robar se convirtieron en su zona de confort. Es decir, reprodujo a escala de toda España el mapa mental de los «merodeadores». Sólo el terrible desgaste que le suponía ir a otra ciudad, dormir en el monte para evitar ser identificado por la gente del lugar, y seleccionar y vigilar el objetivo hizo que trece años después de iniciar sus atracos cometiera un primer delito en Madrid.

Pero es claro que el modus operandi de los criminales permite actuaciones geográficas más complejas. La orografía del lugar cuenta. Un asesino que viva en una zona rural puede viajar más

que otro que viva en una ciudad para seleccionar a sus víctimas. La existencia de medios de transporte rápidos y la posesión de un vehículo también pueden influir en la decisión de dónde se van a cometer los crímenes, así como en el hecho de si se desplaza a la víctima antes de ser asesinada (o violada), o si se deposita el cadáver en un lugar distinto del que se produce la agresión.

El asesino puede disponer de una residencia móvil, lo que complica más las cosas. ¿Qué sucedería si, por ejemplo, un camionero se dedicara a matar prostitutas que se cruzan en su camino? Fue exactamente el caso del camionero alemán Volker Eckert, recogido por la prensa de la época:

El camionero alemán que hasta el momento ha reconocido haber asesinado a cinco prostitutas es «una persona enferma» que «se excita» al estrangular a prostitutas mientras supuestamente mantiene relaciones sexuales [...].

Volker Eckert, que fue detenido el pasado viernes en Colonia por la policía alemana a petición del Juzgado de Instrucción número 3 de Santa Coloma de Farners, ha reconocido por el momento el asesinato de cinco trabajadoras sexuales entre 1999 y el 2006 durante sus rutas por Europa. Cronológicamente, la primera víctima que se le atribuye es una prostituta que apareció muerta en Burdeos en 1999. En 2001 habría asesinado a Isabel Beatriz Díaz Muñoz, que apareció en avanzado estado de descomposición en un camino cercano a Maçanet de la Selva.

En 2005, el camionero habría recogido en Figueres a una chica que trabajaba en la carretera, y que todavía está por identificar. Tras matarla, todo apunta a que emprendió ruta con el cadáver en la cabina hasta Vic, donde tenía que descargar la mercancía. Y antes de llegar, la tiró por un pequeño barranco en el Eix Transversal a la altura de Sant Sadurní d'Osormort.

En octubre de este año, el detenido mató a otra mujer en Reims, según informaron los Mossos, y su última víctima conocida ha sido una joven búlgara de 20 años, Miglena Petrova, que ejercía la prostitución en la N-II en Bàscara. El camionero contrató los servicios de su última víctima el pasado 2 de noviembre y, tras subirla a la cabina, la estranguló. A continuación se dirigió a Sant Feliu de Buixalleu para descargar el contenido del camión cisterna y después esperó a que

anocheciera antes de arrastrar el cadáver de la chica hasta un descampado junto al campo de fútbol de Hostalric.

La policía aún no ha podido determinar si el detenido practicaba el sexo con sus víctimas «antes, durante o después de matarlas». Además de los cinco crímenes confesos, la policía sospecha que la lista de muertas a manos de Volker Eckert seguramente es mayor. Por este motivo, los investigadores han pedido a través de la Interpol que policías del resto de Europa les aporten datos de otras mujeres jóvenes desaparecidas o muertas.

Eckert, de 47 años y sin relación sentimental conocida, subía a las prostitutas a su camión, las mataba en la cabina estrangulándolas con una cuerda y les hacía varias fotos desnudas de cuerpo entero en diferentes poses con su cámara Polaroid. Debajo de estas fotos escribía insultos o frases despectivas hacia las chicas. Después pegaba las instantáneas en su litera, posiblemente para excitarse recordando los crímenes.

El trastorno del camionero no acababa aquí, ya que también cortaba mechones de cabello de sus víctimas y los guardaba en bolsitas, al igual que guardaba piezas de ropa de las mujeres. (*El Mundo*, 24-11-2006.)

Con la captura del asesino se supo que cuando era joven había estrangulado a su novia y había fingido su suicidio mediante ahorcamiento. Eckert se escapa de la división rígida entre merodeador y viajero. Por supuesto viaja, pero se lleva su casa a cuestas. Su camión es una trampa para las mujeres que anhela matar. Es evidente la existencia de claros elementos de la firma del delincuente: se lleva trofeos de la víctima y le saca fotos, conductas del todo innecesarias para lograr su fin (la muerte de la mujer) pero emocionalmente muy importantes para él.

En todo caso, la idea general es que un violador o asesino en serie actúa en lugares en los que se siente cómodo, que le ofrecen seguridad. Puede ocurrir, desde luego, que con el tiempo la ansiedad y la presión —o bien la confianza— le hagan más atrevido o negligente, que se deteriore su *modus operandi*. Su estado mental, y el hecho de que abuse del alcohol o de las drogas, son también factores que deben tenerse en cuenta. Por ello el investigador ha de ver en el mapa dónde aparecen los crímenes y tratar de entender cuál es la relación entre la psicología del personaje y la distribución geográfica que tiene delante de sus ojos. ¿Implicaba ese crimen co-

nocer bien el lugar? ¿Las horas y los sitios de los crímenes impiden pensar que tiene un trabajo estable o bien que goza de gran autonomía? ¿Hay lugares específicos que se repiten? Todas éstas son preguntas relevantes que el investigador se hace mientras examina los lugares de los delitos.

Hay veces que el lugar es tan específico que el asesino debe tener una relación muy estrecha con él. Es el caso de los «ángeles de la muerte», personal sanitario o de cuidados que matan donde trabajan, o bien en las casas de las víctimas (véase más adelante, en la segunda parte de esta obra). Pérez Rangel, el «asesino del parking», mató a sus dos víctimas en el aparcamiento anexo a un bloque de apartamentos donde había vivido previamente. Su casa estaba a las afueras de Barcelona, en el barrio de La Mina, pero eligió ese lugar porque lo conocía bien y tenía poderosos vínculos psicológicos con las mujeres a las que deseaba matar. Chamba, el asesino en serie ecuatoriano de ocho mujeres que en España mató a una joven universitaria, mataba aprovechando el desempeño de su trabajo. En Ecuador trabajaba de taxista, y es en el vehículo donde atrapaba a sus víctimas, mientras que en España consiguió trabajo de guardia de seguridad en un aparcamiento próximo a unos cines y a la Universidad de Lleida y mató en ese mismo lugar.

## VICTIMOLOGÍA

Para realizar un perfil, el criminólogo toma en consideración, además de toda la información que le proporcionan otros especialistas (forenses, policías), la escena del crimen, donde examina el modus operandi y la firma del delincuente, así como el contexto situacional o geográfico del crimen, pero también es muy importante la victimología. Al fin y al cabo las víctimas constituyen la razón última del asesino en serie. Éste anhela algo de ellas, ya que le permiten convertirse en alguien mucho más poderoso, al tiempo que le proporcionan placer sexual, desahogo de la ira o la ansiada venganza (o quizá también dinero).

Como ya se ha mencionado, la geografía del crimen está muy vinculada con el tipo de víctima seleccionada. Eckert mataba prostitutas porque estas mujeres eran las víctimas propiciatorias que se

apostaban en la carretera para buscar clientes. Él sólo tenía que pararse e invitarlas a subir. Si hubiera querido matar otro tipo de mujeres, por ejemplo autoestopistas, hubiera tenido que aguardar mucho más y correr más riesgos, ya que son pocas las mujeres que adoptan ese medio de transporte solas. Joaquín Ferrándiz, el asesino en serie de Castellón, mataba a las mujeres a las que podía sorprender en pasajes solitarios nocturnos y que tenían razones para subir a su coche: porque le conocían o porque eran prostitutas.

La victimología es muy importante para el analista porque nos enseña lo que busca el asesino, es decir, el para qué o el porqué de sus acciones homicidas. Por ello hemos de analizarlas a fondo: su estilo de vida, sus relaciones, su salud mental y física, sus actividades rutinarias... Hemos de poder preguntarnos: ¿qué significa esta víctima para el asesino? Algunas víctimas son de riesgo muy elevado: las prostitutas y las mujeres que en lugares de ocio alternan con frecuencia con desconocidos y que consumen mucho alcohol o drogas están entre las de mayor riesgo de ser víctimas de asesinos en serie o de violadores. Otras tienen poco riesgo, al llevar vidas ordenadas y mantener el control de sus actos. Pero por desgracia sólo basta una oportunidad para que un asesino se cebe en una víctima. El azar o el capricho pueden determinar el destino de una persona.

En el anexo 1-1 se ofrece una plantilla útil para recordar las cuestiones de investigación que debe analizar un perfilador.

## ETAPAS EN EL DESARROLLO DEL PERFIL CRIMINOLÓGICO

A pesar de que podemos encontrar antecedentes del perfil criminológico antes del siglo xx, lo cierto es que en la actualidad hay consenso en distinguir a lo largo del pasado siglo al menos tres etapas en el desarrollo de esta especialidad forense, con una cuarta que se dibuja en estos momentos con rasgos distintivos. Veamos cada una de ellas.

### *Primera etapa: el diagnóstico clínico*

Aparece en los años cincuenta y fue protagonizada por médicos psiquiatras y psicoanalistas, quienes elaboraron el perfil a partir de

los conocimientos obtenidos en la evaluación psicopatológica. El proceso consistía en definir un tipo de personalidad y una categoría (diagnóstico) psicopatológica que encajara con los hechos del crimen tal y como los interpretaba el evaluador. Una vez realizado ese psicodiagnóstico, se pasaba a describir las cualidades de personalidad y de estilo de vida que se derivaban de los rasgos que describían los tipos seleccionados.

El ejemplo más representativo de esta etapa lo protagonizó el Dr. Brussel, quien realizó un perfil sorprendentemente exacto de George Metesky, conocido como «*mad bomber*», el «bombardeo loco», quien entre 1940 y 1960 puso al menos 37 bombas en estaciones de trenes y en cines y teatros de la ciudad de Nueva York, en protesta por lo que él creía un injusto despido que sufrió por parte de la compañía General Electric. Brussel determinó que, entre otras características, el sospechoso era un varón eslavo, católico-romano, vivía en Connecticut, padecía de paranoia, tenía conocimientos de electricidad, metalurgia y fontanería, tenía una buena educación, era soltero (posiblemente virgen) y —lo que más conmocionó al público de la época— vestía un traje cruzado de tres piezas, con chaleco abotonado. Cuando finalmente George Metesky fue capturado en 1957, se comprobó que el perfil había sido extraordinariamente preciso.

Otro caso en el que fue requerido el apoyo de los perfiladores fue el del Estrangulador de Boston, quien entre 1962 y 1964 mató a trece mujeres en esa ciudad. Para este suceso, sin embargo, se optó por crear un equipo de perfiladores, compuesto por un psiquiatra, un ginecólogo, un antropólogo y otros profesionales. La conclusión de este peculiar comité fue que los asesinatos sexuales eran obra de dos delincuentes diferentes, debido a que había dos grupos de mujeres claramente diferenciadas: uno compuesto de mujeres jóvenes y otro de mujeres más mayores, y al hecho de que ambos tipos de víctimas parecían relacionarse con diferentes necesidades psicológicas expresadas en los crímenes. Un autor relevante en la bibliografía sobre perfil criminológico, Brent Turvey, refleja muy bien la perspectiva médica-psicoanalista que define esta primera etapa en el desarrollo de esta disciplina:

El comité opinó que las mujeres mayores estaban siendo estranguladas y asesinadas por un hombre que fue criado por una madre se-

ductora y dominante, que él era incapaz de expresar el odio que sentía hacia ella y que, como resultado, desplazaba esa ira hacia otras mujeres. El sospechoso vivía solo, y si fuera capaz de imponerse sobre su madre dominante, no tendría problemas para expresar amor como una persona normal. También opinaba el comité que el asesino de las mujeres jóvenes era un hombre homosexual, probablemente alguien conocido de las víctimas.

### *Segunda etapa: la Unidad de Ciencias de la Conducta del FBI*

El éxito extraordinario y la fama que obtuvo el caso de *mad bomber* estimularon el interés de los policías adscritos al Federal Bureau of Investigation (FBI) por aplicar los conocimientos de la psicología y la criminología a sus tareas de investigación criminal. Es con ellos que se inicia la aplicación del perfil criminológico como una disciplina forense relevante en casos de asesinatos en serie, pronto expandida también a delincuentes sexuales multirreincidentes. De hecho, hasta finales de los años noventa no empezó a extenderse a otros dominios de la delincuencia, principalmente a través de los investigadores de la Universidad de Liverpool (véase más adelante), si bien los perfiladores del FBI también se ocuparon de los delitos de incendio intencionado.

En esta segunda etapa es cuando el perfil criminológico de los asesinos en serie alcanza una gran repercusión en toda la sociedad. Si bien el FBI empezó a publicar artículos en revistas científicas a partir de los años ochenta del pasado siglo, su visibilidad masiva tuvo que esperar hasta el fenómeno mediático de la película de 1994 *El silencio de los corderos*, basada en una novela previa de Thomas Harris. Pero no sólo el público se quedó fascinado con los asesinatos en serie y los policías que lo combaten, sino que también los académicos de pronto empezaron a ocuparse de esta peculiar disciplina forense, a caballo entre la psicología y la criminología. Como escriben los criminalistas Verde y Nurra: «Pronto capturó la fascinación del público el monstruo, tal y como se describía en algunas de las películas y series de televisión más populares, un ser que no podía inscribirse en los tópicos habituales de la criminología; en la mente del público, el monstruo llegaba a constituirse en un símbolo de la maldad pura, una representación de la creciente

inseguridad de una sociedad que temía a un miedo indefinido, y casi de modo simultáneo surgió la imagen de su cazador: el perfilador».

Los perfiladores del FBI desarrollaron el «análisis de la escena del crimen» —que posteriormente denominaron *criminal investigative analysis*— cuya empresa constituyó el primer intento sistemático para utilizar toda la información existente sobre un crimen en combinación con el conocimiento y la experiencia obtenidos por los agentes del FBI, con el objetivo de realizar inferencias o deducciones acerca de la personalidad y de los aspectos sociodemográficos de un asesino desconocido. John Douglas y su grupo señalaron que la técnica del perfil criminológico se adquiere a través de la «lluvia de ideas», la intuición y unas conjeturas bien fundamentadas (*educated guesswork*): «La pericia de los perfiladores es el resultado de años de sabiduría acumulada, de una amplia experiencia sobre el terreno y de su familiaridad con un gran número de casos». En otras palabras, el método empleado por los perfiladores del FBI se servía del conocimiento tácito o intuitivo y del conocimiento de la evidencia que, como expertos, habían acumulado a lo largo de sus carreras profesionales.

Posteriormente, este modelo de trabajo individual se amplió hacia un plano más amplio al llevar a cabo, en lo que se llamó el Programa de Aprehensión de Criminales Violentos (VICAP por sus siglas en inglés), la construcción de bases de datos que relacionaban las características de las escenas del crimen con las características de los delincuentes. De este modo, cuando se investigaba un delito, sus elementos distintivos podían compararse con los registros que existían en esa base de datos, lo que permitía conjeturar si ese nuevo delito formaba parte de una serie de un mismo criminal, o bien deducir las características del criminal en un nuevo caso sobre la base del estudio de su escena del crimen.

El ejemplo más afamado de ese modelo de trabajo es la división que realizaron entre las escenas del crimen «organizadas» y «desorganizadas» (si bien posteriormente añadieron un tercera categoría, la «mixta», cuando constataron que era raro encontrar escenas realmente puras que se correspondieran con una de las dos categorías), que a su vez daba pie a la división correspondiente entre asesinos en serie organizados y desorganizados. Los primeros, a gran-



des rasgos, se corresponderían con los psicópatas, mientras que los segundos serían los psicóticos.

### *Tercera etapa: la aproximación estadística*

Esta etapa se desarrolló sobre todo a partir de la segunda parte de los años noventa del pasado siglo y tuvo dos focos principales. En primer lugar, la escuela denominada «psicología de la investigación» (*investigative psychology*), en la Universidad de Liverpool, bajo la dirección del profesor David Canter, quien se interesó por este ámbito después de ser requerido por Scotland Yard para que les asistiera en la captura de un asesino y violador múltiple. El mismo Canter ayudó a desarrollar el segundo foco, el perfil geográfico (*geographical profiling*), interesado en poder determinar el lugar de residencia de un criminal desconocido mediante el estudio geográfico de las escenas del crimen. No obstante, el perfil geográfico tuvo también un gran desarrollo en otros lugares, particularmente en Canadá, donde Kim Rossmo se reveló como un autor particularmente influyente en la creación de software para asistir a la policía en la ubicación del domicilio del autor desconocido de los delitos.

Tanto el desarrollo del *profiling* de la *investigative psychology* como el del perfil geográfico tuvieron en común el uso extensivo de los modelos matemáticos y otras aplicaciones cuantitativas para la elaboración del perfil. Así, Canter, acusando al FBI de «acientífico», señaló que el único modo de hacer ciencia consistía en seguir rigurosamente el método inductivo, lo que en la práctica exigía un estudio amplio de las muestras de los delincuentes y su conducta en los delitos reales antes de poder derivar perfiles probabilísticos en una nueva escena del crimen.

En efecto, Canter acusaba al método del FBI de inverificable, lleno de obsoletos términos psicodinámicos y de conjeturas tipo Sherlock Holmes. Un ejemplo claro fue su ataque a la tipología de asesinos organizados y desorganizados creada por algunos de los «grandes nombres» de la escuela del FBI, como Robert Ressler, Ann Burgess y John Douglas: después de revisar cien asesinatos seriales en Estados Unidos y de evaluarlos en treinta y nueve elementos diferentes, Canter y su grupo llegaron a la conclusión de que los

aspectos desorganizados eran ciertamente muy infrecuentes y no permitían configurar un tipo independiente. Por otra parte, los autores examinaron el proceso que siguieron Ressler y sus colegas para desarrollar esa tipología (entrevistas individuales realizadas con treinta y nueve asesinos encarcelados en Estados Unidos) y lo hallaron plagado de graves errores metodológicos.

La propuesta del grupo de Liverpool es desarrollar temas o «facetas» que definan diferentes modos de obrar de los delincuentes mediante el estudio estadístico de muchos delitos, de modo tal que las inferencias que se realicen en una investigación surjan del análisis empírico de muchos casos analizados en diferentes variables.

#### *Cuarta etapa: el apoyo conductual para la investigación (BIA)*

Esta última etapa está ahora en su proceso de nacimiento, y se manifiesta en que algunos países (como Alemania, Reino Unido u Holanda) buscan el apoyo de los psicólogos y criminólogos para diversas tareas en el ámbito de la prevención, gestión e investigación de un crimen, un modelo que pretende superar la imagen consolidada del *perfil criminológico* en los medios de comunicación y la cultura popular, tal y como se desarrolló en la Unidad de Ciencias del Comportamiento del FBI.

La explicación más completa de esta última metodología o etapa (que en inglés se expresa como *behavioural investigative advice*, o BIA) la proporcionan Alison y su grupo. Se trata de un modelo interdisciplinar en el que «los conocimientos que los consultores conductuales de la investigación (*behavioural investigative advisors*) adquieren se construyen mientras realizan su tarea, trabajando estrechamente con los policías, un conocimiento que podemos definir como tácito».

Este tipo de conocimiento es el obstáculo principal con que se encuentran los académicos para obtener datos que puedan confirmar la validez y la utilidad de las aportaciones que el perfilador (o consultor) puede ofrecer a la policía, pues ha de apuntarse de inmediato que una de las metas de los cultivadores de la BIA es definir pruebas empíricas sólidas que puedan dar apoyo a contrastados principios de actuación en la realización de la investigación criminal, es decir, sumarse a la aproximación actual en criminología de

«política basada en la evidencia», es decir, de promover actividades en la sociedad de política criminal cuya eficacia ha sido demostrada según criterios científicos.

De las líneas anteriores se desprende la idea de que el perfilador de la BIA no se limita a derivar un perfil socio-psicológico a partir de los datos que puede obtener de la escena del crimen, sino que amplía su cometido a campos como:

- El establecimiento de prioridades en la búsqueda de sospechosos.
- La vinculación de diferentes delitos o escenas del crimen.
- El perfil geográfico.
- El proceso de interrogatorio de sospechosos o acusados.\*
- La evaluación del riesgo de los delincuentes en contextos clínicos.

En realidad, todas estas aplicaciones del perfil criminológico ya se venían realizando desde al menos los años noventa, y en algunos casos los viejos sabuesos del FBI incluso habían participado en su desarrollo, como Roy Hazelwood. Por ello es justo decir que esta nueva etapa del perfil criminológico lo que hace es asumir con energía que todos estos ámbitos pueden ser más fructíferos para la criminología forense que el clásico de describir a un asesino o violador desconocido a partir del estudio de la escena del crimen (algo, por otra parte, que no rechazan estos autores, aunque no parecen sentirse cómodos en ese terreno).

Como toda «nueva corriente», los desarrollos que se pretenden inéditos se conforman sobre la base de depurar y definir procedimientos innovadores que descansan en la experiencia pasada, pero para ser justos he de conceder en su mérito un esfuerzo por sistematizar y comprobar la utilidad de las aportaciones de los perfiladores *en el trabajo real*, como nunca se había hecho hasta ahora. Un ejemplo de esta metodología —aunque reteniendo todavía elementos del perfil criminológico clásico— lo proporcionan Dern y su grupo, ads-

\* Al tratar el caso del coronel Williams (cap. 13) se describe en detalle el interrogatorio realizado por un agente de la Unidad de Ciencias de la Conducta de la policía de Ontario.

critos a la Policía Federal Alemana, donde el perfilador recibe el nombre de «analista conductual de la investigación» (o del caso). Este análisis se describe en un documento interno de la policía alemana como «una herramienta para apoyar la investigación criminal en la comprensión de homicidios y delitos sexuales significativos, así como en otros casos relevantes, sobre la base de datos objetivos y la información más comprensiva que pueda obtenerse de la víctima, todo ello con el propósito de desarrollar indicaciones que hagan avanzar la investigación».

El proceso concreto que sigue el analista es el siguiente:

- Reconstrucción del delito: análisis de cómo se realizó el delito, tomando en cuenta los aspectos situacionales del mismo.
- Evaluación de las características comportamentales del delincuente: descripción de la conducta delictiva como ha sido reconstruida (modus operandi), evaluación de los aspectos de la conducta no inherentes al delito (firma).
- Caracterización de las acciones del delincuente: grado de estructura, eficiencia de su conducta delictiva con respecto a sus fines.
- Evaluación del motivo: evaluación de un hipotético motivo inicial en comparación con el motivo hipotético del crimen analizado.
- Caracterización del delito actual: por ejemplo, determinar si el delito es espontáneo o planificado.
- Perfil del delincuente: edad del autor desconocido, antecedentes penales y perfil geográfico.
- Elaboración de nuevos caminos de investigación (pistas nuevas).

Como vemos, en este modelo de la policía alemana se retienen aspectos esenciales del perfil criminológico clásico (modus operandi y firma, motivo del delito, estructura del delito), pero al mismo tiempo el perfilador se integra en un equipo que procura no dar saltos en el vacío. Por ello, los autores afirman que «no es el perfil de la personalidad del delincuente el mayor interés de un analista del caso, sino la posibilidad de incrementar el valor de las actividades de la policía mediante la contribución a una comprensión más profunda del delito».

## Problemas con el perfil criminológico

En la actualidad, el problema fundamental que tiene el *profiling* es el de constituirse en una disciplina con un método definido, aceptado por todos, que descansa en la «validez» de los procedimientos (esto es, que exista una lógica racional que establezca cómo proceder) y en la comprobación de la «utilidad» o eficacia de su aplicación (es decir, que pruebe de modo empírico que tal procedimiento provee resultados en las investigaciones reales). Ésta es la razón por la que actualmente —véase el desarrollo del perfil criminológico en la cuarta etapa— los perfiladores se ufanan en evitar saltos deductivos o inferencias que pudieran parecer fantasiosas o poco acreditadas, al estilo de los *insights* o deducciones sorprendentes que hicieron famosos y éxitos de ventas los libros de los perfiladores del FBI, como *El que lucha con monstruos*, de Robert Ressler, o *Mindhunter*, de John Douglas.

La dificultad fundamental que está detrás de la validez y eficacia de esta técnica o disciplina forense se relaciona con el problema de la consistencia. Existen dos tipos de consistencia:

- La consistencia en el actuar criminal del sujeto en las diferentes escenas del crimen. Aquí el problema está en ser capaces de afirmar que un asesino o violador (o cualquier otro tipo de delincuente que actúe de modo serial) mostrará un patrón en todas esas escenas, de tal modo que podamos vincular esas escenas a un único autor. Este presupuesto es el que fundamenta el llamado «análisis de vinculación» (*linkage analysis*), que ya hemos presentado y que analizamos de forma más extensa en otro capítulo de este libro.
- La consistencia o proyección de los atributos del criminal en su comportamiento en la escena del crimen. Éste es el punto más débil del método, el más difícil de realizar con veracidad, porque exige demostrar que la personalidad y el estilo de vida del sujeto, junto con otros atributos como la edad o el sexo, definen un conjunto de obsesiones y necesidades que se plasman necesariamente en sus actos criminales, es decir, en las huellas de comportamiento que deja en la escena del crimen.

Para determinar ambos tipos de consistencia resulta crucial el análisis del *modus operandi*, de la «firma» del delincuente y del perfil geográfico. Así —a modo de ejemplo—, podemos llegar a precisar que un asesino ha cometido cinco crímenes porque identificamos, a pesar de las variaciones o diferencias que apreciamos en cada una de ellos, un mismo *modus operandi* y una misma firma, y entendemos que su ubicación habitual estimada (residencia o lugar de trabajo) está dentro de los parámetros espaciales predichos. Pero, por otra parte, si llegamos a poder afirmar que —de nuevo como ejemplo— «el asesino debe tener experiencia delictiva dado que las conductas que vierte en las escenas son todas muy controladas y muestran una clara premeditación», entonces esta afirmación sólo será verdadera si hay una correspondencia (o consistencia) entre «tener experiencia delictiva» y «actuar de forma controlada y premeditada en la comisión del crimen».\* Esto es justamente lo que nos permite definir un perfil, nuestra convicción de que determinados asesinos (o violadores, incendiarios, etc.) se expresan de un modo peculiar en la escena del crimen.

La investigación, en la actualidad, muestra que, en efecto, los delincuentes tienen una consistencia más o menos importante cuando cometen sus delitos, lo que se ha comprobado en el caso de homicidas, violadores, incendiarios y ladrones de diferente tipo. Es decir, la primera de las hipótesis (la consistencia en la actividad criminal o la existencia de un patrón que se repite en los diferentes crímenes) cuenta con un importante apoyo empírico, si bien está lejos de ser perfecta.

Una razón importante de esta variabilidad comportamental de los sujetos en los diferentes crímenes es que los delincuentes cambian y evolucionan. Además, pueden reaccionar de formas diferentes si las víctimas o las circunstancias se han salido de lo normal o de lo esperado por el delincuente. Este elemento situacional o contextual y de aprendizaje es siempre una amenaza que debe considerar el perfilador, amenaza que afecta tanto a la hipótesis de la consistencia entre las escenas del crimen como a la hipótesis de la

\* Alison *et al.* (2010, p. 119) denominan a esta segunda acepción de la consistencia la «asunción de la homología» (*homology assumption*), según la cual «la gente que comete los crímenes en un estilo similar tendría características semejantes»; es decir, acciones homólogas en la escena del crimen se corresponden con delincuentes homólogos.

correspondencia entre los atributos socio-psicológicos del criminal y sus conductas en esos escenarios.

Verde y Nurra han definido el proceso por el que el perfilador realiza el paso del estudio de la escena del crimen a la descripción del delincuente desconocido como un proceso hipotético denominado de «abducción» (empleando una expresión descrita por el filósofo de la ciencia Charles Peirce), según el cual de los antecedentes o datos de que se dispone nunca se tiene la seguridad de que lo que se concluye sea cierto. Por ello, en su opinión, la veracidad de los hallazgos de los perfiladores siempre será una cuestión de probabilidad. Ellos plantean el siguiente ejemplo para ilustrar por qué el modelo de inferencia seguido en el perfil criminológico es el «abductivo» o probabilista:

— Si el patrón de conducta X (modus operandi y firma) se ha observado en el crimen actual (*Resultado*)

— Y muchos asesinos conocidos con el perfil psico-sociológico A han mostrado este patrón de conducta X en el pasado (*Regla*)

— Entonces es posible que un asesino desconocido con el mismo perfil psico-sociológico A de los asesinos conocidos haya cometido el crimen actual (*Inferencia abductiva aplicada al caso de la investigación*).

Entonces, para estos autores, el tipo de razonamiento adoptado por los perfiladores mediante las inferencias abductivas se corresponde con una estructura narrativa en donde éstos «deben por consiguiente organizar la información dentro de un todo orgánico mediante su encaje dentro de una trama (*plot*) de acciones y eventos que no es sólo estructuralmente similar a una narración, sino que “es” una narración». Y más adelante señalan: «El perfilador, en su esfuerzo por comprender la conducta de un delincuente en la escena del crimen, recoge, evalúa y conecta diferentes conjuntos de datos, crea una narración [...] la cual nunca se podrá corresponder del todo a los hechos realmente acaecidos».

Ahora bien, digamos que el perfilador no necesita que su narración sea «completamente» cierta en relación con lo que realmente sucedió, sino que basta, para probar su utilidad o eficacia, que los hechos que suministre a la policía con su relato supongan un im-

pulso en la dirección correcta hacia la resolución del caso, es decir, hasta la captura del delincuente desconocido.

## **El futuro del *profiling* en la investigación criminal**

Es evidente que los perfiladores más modernos son conscientes del difícil salto que tienen que realizar para determinar las características del delincuente a partir de los datos de la escena del crimen, de ahí la urgencia por reclamar el mayor apoyo empírico posible en el que basar las deducciones (o «abducciones», siguiendo la terminología anteriormente señalada). Y como parte de ese rechazo a la inferencia fácil que se desprende de los perfiladores clásicos (la escuela del FBI), los investigadores actuales muestran una saludable reticencia a emplear como base de tales deducciones tipologías con dudoso aval, como Canter demostró en su crítica a la ya clásica división entre delincuentes «organizados» y «desorganizados»: «Los analistas de investigación son plenamente conscientes de la facilidad con que las tipologías llevan al error», ha escrito Dern.

Ante esto, no cabe sino seguir procedimientos que, disponiendo del mayor conocimiento posible acerca del tema estudiado, permitan que las deducciones de los analistas se integren dentro de un equipo de investigación donde pueda decidirse cuál es el grado de validez con el que se formulan. Por ello se han creado protocolos de actuación dentro del modelo del BIA, que determinan cuáles son los pasos que resulta conveniente dar dentro de una investigación donde se busca a un criminal desconocido.

Pero a pesar de todo, es claro que el perfilador deberá tener una gran capacidad para «enfrentarse adecuadamente con las hipótesis y la incertidumbre», porque es obvio que siempre existe el peligro de que «una aproximación científica falsa o insuficientemente comprobada se introduzca dentro del trabajo práctico y posteriormente se perpetúe» (Dern).

Sin embargo, ésta es la grandeza y al mismo tiempo la miseria del perfil criminológico moderno: el conocimiento científico —que en ciencias sociales determina patrones sobre lo general— no basta para asegurar que la deducción del investigador sea necesariamente cierta. Por ejemplo, que la gran mayoría de los violadores en serie



tengan entre veinte y cuarenta años no garantiza que el violador que se persigue en un momento determinado tenga esa edad, o que el hecho de que el asesino que procede con enorme sadismo en dar muerte a mujeres de elevada extracción social haya de tener una pobre cualificación profesional y actuar por resentimiento, como podría derivarse de los estudios de casos. Esa falta de correspondencia entre los actos del criminal en la escena del crimen y sus atributos, su estilo de vida y sus cualidades se hace tanto más peligrosa cuanto más «alargada» sea esa inferencia, es decir, separada de lo que sabemos acerca de los hechos del delito; de ahí que en la actualidad los perfiladores se tienten la ropa antes de atreverse a plantear rasgos de personalidad (que requieren un elevado grado de inferencia) a partir del análisis de la escena del crimen.

Por otra parte, no debe olvidarse que la propia investigación criminal procede siempre con hipótesis provisionales, es decir, con el método abductivo, mediante el cual los policías realizan una inferencia a través de la cual «perciben las relaciones entre los hechos [en el curso de una investigación dada] mediante la selección de vínculos causales y/o analogías, formulando hipótesis para el desarrollo de la situación» (Verde y Nurra). Por consiguiente, nunca se puede tener la certeza absoluta de que una hipótesis va a ser necesariamente verdadera; se trata de «conjeturas» o hipótesis con un grado de probabilidad mayor o menor de ser ciertas. Siempre aparecerá como una sombra temible la posibilidad de que «esta vez», en la explicación de la serie de crímenes, los aspectos excepcionales o situacionales escondan una verdad que no fue prevista en la inferencia de investigación que impulsó el trabajo policial, dejándonos frustrados y desolados. Sin embargo, la técnica del perfil criminológico goza de buena salud: abundan los artículos y libros especializados, y progresivamente un mayor número de policías en el mundo están incorporando esta disciplina forense. Es verdad que todavía no se dispone de estudios empíricos que dejen claro cuál es su participación efectiva en la mejora del resultado de las investigaciones criminales, pero hace tan poco tiempo que se está empleando (en realidad poco más de veinte años) que podemos permitirnos ser pacientes. Al final del libro se presentan unos anexos que tienen por objeto facilitar a los perfiladores las preguntas que deben realizar.

